

El cuerpo sexuado como construcción social. Mujeres mayas en Yucatán

Liliana Gómez Montes
Universidad Autónoma de Yucatán
México

Ponencia *El cuerpo sexuado como construcción social*,
presentada en el *XVIII Semana cultural de la Diversidad sexual*,
Mérida, México, 14 de mayo 2019
Mesa: Identidades y sexualidades en el contexto local global

Realizo una estancia postdoctoral en la UADY y he trabajado en una investigación acerca de los relatos de algunas mujeres mayas que cuentan la historia de sus cuerpos. Ellas son de Tahdziú, municipio al sur del estado de Yucatán. Se realizaron entrevistas a profundidad¹, que nos proveen de sus recuerdos: acerca de las formas en que descubrieron su cuerpo sexuado, en la que conocieron a sus esposos; de su vida en pareja; de sus sueños como mujeres y como madres. Los resultados de las entrevistas son muy ricos, por la información que nos brindan y los he analizado, considerando variables como la etnia, el género y la clase social, desde una perspectiva construccionista histórica y cultural.

A través de la voz de estas mujeres mayas del sur, entramos a la intimidad de su recuerdo, conocemos lo que se platica en sigilo y entramos al espacio doméstico.

¹ Entre el 2012 y el 2014 se realizó el proyecto de investigación “Prevalencia del VIH/Sida y factores socio culturales asociados, para el desarrollo de estrategias de prevención entre migrantes mayas yucatecos”, por un equipo de investigación de la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY) formado por las doctoras Rocío Quintal, Ligia Vera, Alina Marín y Leticia Paredes. Dicho proyecto fue financiado por recursos FOMIX – CONACYT. Como parte del trabajo de investigación se realizó un acercamiento a las comunidades de Tahdziú y Chacsinkin, en estas se realizaron entrevistas a profundidad a mujeres esposas de migrantes, que esperan su retorno en los municipios de origen.

La manera de comunicarles, cómo son las historias de los cuerpos negados, para las mujeres mayas del sur, será a través de sus protagonistas.

Amanda tiene una vida intensa y, en la carencia, ha vivido en una constante lucha por avanzar hacia sus sueños de una mejor vida. Al momento de la entrevista tiene 40 años. Se casó a los 19, apenas si conocía al que sería su marido. Así son las relaciones en estas comunidades, apenas y “platican”, como ellas dicen, se ven algunas veces y luego se casan o simplemente se juntan a vivir, en el predio de la familia del muchacho.

La mayoría de ellas se casaron o se unieron al hombre, sin conocerlo bien, ninguna había tenido antes relaciones sexuales. Todas aseguraron que, de haberlo permitido, eso podría haber significado la crítica social, el chisme -como ellas dicen; -añadiendo Lucy-: “los hombres cuando te entregas por primera vez, te lo echan en cara, tarde o temprano, así sea tu marido después”.

Las relaciones sexuales en el matrimonio se dan a iniciativa de él. La posibilidad de embarazarse es una ilusión y un sentido de vida. Las respuestas de estas mujeres mayas coinciden cuando narran su experiencia como madres: tener hijos es una gran alegría, más aún, consideran que es un deber de todas las mujeres, por lo que cumplir con ello, les parece, es lo que más importa. “Ya vez como es acá -dice Lucy-las gentes te critican, te dicen que porque eres mujer tienes que tener más hijos” La media poblacional de sus municipios es 4.5 hijos/as por pareja.

La idea de una sexualidad que se vincula al placer, a la exploración, al conocimiento de sí y del otro, no aparecen en su narrativa. Por lo que resulta revelador cuando Amanda se pregunta: “¿Por qué se casan pronto? Si no quieren tener hijos”.

Esta Amanda tiene 11 hijos y nos relata que más que gustarle el sexo con su esposo, a ella le hacía muy feliz sentirse embarazada, argumenta: “Embarazarme me gustó, era como ser hombre en esos meses, no me bajaba nada”. La menstruación para muchas de ellas fue una sorpresa cuando llegó, lo que desató temores y fantasías negati-

vas, así que dejar de menstruar es liberarse un poco y para Amanda serían periodos en los que se sentiría empoderada, contenta y confiada con su cuerpo.

Amanda cuenta que ella se ha esforzado mucho por cambiar su vida de pobreza, así que un año que tuvo muy buena cosecha, la vendió y se fue a vivir al pueblo desde entonces. Se instaló y puso una tiendita. Compró toda aquella mercancía que, ella pensó, gustaría en Thadziú. Al final de cuentas, dice: “Perdí todo, hasta ese momento me fijé, que no sabía cómo tener una tienda, ni comprar, ni vender y a veces ni sumaba bien.”

Una lástima ¿verdad? Tantas ganas de cambiar, de esforzarse, pero la falta de educación y la marginación se convirtieron en un peso que no la dejó volar. Ella no se dio por vencida, así que siguió adelante. Había que apoyar a los 11 hijos, lo mejor que se pudiera. Dice que su ilusión es tener un hijo abogado o una hija secretaria. Debo confesar que me agradó que también incluyera un ejemplo para sus hijas. Así que los mandó a la escuela, todos los años que ellos quisieron estudiar. Sacaba unos centavos bordando hipiles o costurando. Pero su marido la celaba cada vez que ella salía a vender sus cosas:

Cuando salía a vender mi costura, me apuraba para regresar, él siempre estaba fregando, si llegaba temprano, me gritaba y me decía que de seguro no había encontrado a mi querido y si por algo me tardaba, entonces fregaba más, con que seguramente, sí lo había visto y había estado con él.

La violencia emocional es la más frecuente en la vida conyugal. Tanto en las comunidades mayas y como a nivel nacional. Los celos pueden ser una de sus manifestaciones.

La infidelidad, en realidad, parece ser más frecuente de parte de los hombres. Hay un alto índice de percepción de que sus maridos podrían tener otras relaciones, con otras mujeres, ya que la movilidad que les da el salir a trabajar como migrantes lo hace

propicio. La infidelidad de muchas maneras es tolerada por las mujeres, como dice Daniela: “Mientras no me pegue, insulte o falte dinero, se le aguanta”.

A las mujeres mayas no les gusta que ellos se relacionen con otras mujeres, porque sí se quejan de la infidelidad, pero esto no es para ellas una causa de ruptura, ni de un reclamo serio. Además, no es fácil que se tengan pruebas, a menos de que, como observaba Amanda: “llegaba con el pantalón y la camisa limpia y planchada... esa no es ropa de albañil, ¿verdad?”

Claro que no. El trabajo doméstico de otra mujer era evidente.

También Federica nos cuenta en su entrevista:

El otro día peleamos, él andaba con otra, llegaba limpio... alguien se lo lavaba... lo enfrenté y me sacó de la casa a jalones. Le dejé a los hijos (...) y me fui a casa de mi mamá ...porque la verdad tampoco me voy a dejar, tengo que buscar cómo defenderme.

Al observar las relaciones violentas entre las parejas heterosexuales, identificamos que generalmente el agresor es un hombre y a quien se violenta es a una mujer. Como comprendemos, esta relación participa de la lógica del sistema patriarcal, de una sociedad jerarquizada, en la que el agresor no siente empatía por su víctima, a quien ve en inferioridad y subordinación simbólica y física.

Juan Carlos Ramírez (2012) afirma que ha encontrado en su investigación que el hombre violento no logra identificarse como tal. Cuando un hombre violento ve que se acusa a un agresor, no se reconoce en esa imagen masculina. Argumentan que es porque suele manejarse de manera estereotipada y singularizante al perpetrador, como: el borracho, el pandillero, el drogadicto, el violador, etc. Al no identificarse como agresor, hay dificultades para comprender la dimensión social y cultural del problema y el rol que cada quien tiene en esta trama.

Amanda, por su parte, aguantó muchos años una relación de maltrato emocional y físico también. Llegó el día que tomó valor para pedirle a su padre que la apoyara. Dice ella que llevó a jalones al marido, frente a su papá. Había sido golpeada y humilla-

da por años. En el código social simbólico implícito, el papá, como hombre, es una autoridad ante la cual el esposo debe ser respetuoso y rendirle cuentas; finalmente fue a él a quien le pidió le permitiese estar con su hija. Ella relata que su padre argumentó lo siguiente:

Si es porque mi hija tiene problemas, alguna enfermedad o no te puede servir (...) ella tiene la culpa (...) Pero veo que mi hija es fuerte y no te tiene quitado ni un derecho sobre ella ¡No debes traicionarla! (...)

Si todos tus hijos fueran mujeres tienes razón y deseas tener un varón con otra mujer (...) pero tu primer hijo fue varón y luego niñas y varones, hasta llegar a 11.

En el decir de Amanda, observamos valores y formas de su organización social regional.

Vemos que los hombres ocupan la parte más elevada de la pirámide social y hay varios acuerdos sociales para las parejas:

1.- la mujer debe “servirle al hombre”, darle derechos sobre su cuerpo, para tener sexo. Ellos suelen tener la iniciativa y si las mujeres no les “sirven”, el hombre tendría razón de irse a buscar otra.

2.- la importancia de tener hijos varones, o de no tenerlos, asunto que también se le podría reclamar a la mujer.

En el caso de Amanda el marido ha cometido “traición”, como dice el padre, porque ella sí cumplió, cedió a los deseos de él y le dio varones. El hombre falló, no lo hizo de la manera esperada, al golpearla, tener otra mujer y faltar a sus obligaciones familiares.

Pesa la resistencia social, si una mujer protesta, levante la voz o quiere romper con su matrimonio. Como afirma Martha: “Hay muchas personas que no entienden, qué es lo que te pasa dentro de tu casa con tu marido y empiezan a decir que porque eres su esposa lo tienes que aguantar. (...)”

Pero por dignidad y autoestima muchas veces la víctima intuye que no se quiere vivir con maltrato, ni seguir siendo la víctima y que se puede dejar ese rol.

La investigación feminista ha dedicado varios años de estudio a la comprensión del sistema patriarcal y sus manifestaciones. Han surgido demandas por la equidad y respeto a los derechos, por una vida libre de violencia. Porque cuando se normaliza la jerarquización entre los géneros y sus desigualdades, en trato y oportunidades, se da lugar a situaciones que han hecho posible un 42 % de violencia doméstica a nivel nacional, en México, yendo en aumento (ENDIREH).

Visibilizar, desnaturalizar, denunciar, hablar, buscar soluciones para un cambio, resulta urgente. Cierro con tres ideas que me parecen relevantes:

1.- Los hombres deben involucrarse en el cambio. Si el agresor no logra verse en el espejo del hombre violento, que sería un primer paso para reconocer el problema, aún hay mucho por hacer para lograr esta consciencia y trabajar por una ética de las buenas relaciones y el buen vivir.

2.- Se trata de relaciones de poder. Cuando se violenta a la mujer, cuando se le agrede emocionalmente, se le golpea o se le viola, ésta pierde el control de su cuerpo y su territorio simbólico, en el que sustenta su integridad, su autoestima y su ser ella misma. El agresor la domina a partir de las relaciones desiguales de poder, donde la mujer es violentada por causas de género.

3.- Visibilizar la engañosa familiaridad de encubrir lo biológico como algo social, para justificar el orden establecido. Se ha privilegiado el fundamento de lo natural ante lo social, cuando los géneros responden a los aprendizajes y hábitos sexuales de su contexto.

© Liliana Gómez Montes

Fuentes de información

Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. España: Anagrama, 1998.

ENDIREH. *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares* (2016) <https://www.inegi.org.mx/programas/endireh/2016/>
INEGI, INMUJERES y UNIFEM (consulta 18/03/2019)

Ramírez, Juan Carlos. *Madeiras entreveradas: violencia, masculinidad y poder*. México: Universidad de Guadalajara y Plaza y Valdés, 2012.